

— Muchas cosas.

— Cuenta, cuenta.

— En primer lugar, he visto un formidable negro; despues un chino auténtico; luego un indio bravo; en la habitacion inmediata un hermoso griego, y en seguida vi á Lord Walbrook.

— ¿Nada más?

— Sí, he visto más; he visto dos cuadros, dos retratos; he visto tambien las caballerizas del noble Lord, y he admirado sus magníficos caballos.

— Y bien, preguntó el periodista; ¿qué sabemos? ¿qué hemos inquirido?

Miguel tomó una actitud solemne, teatral, y dijo:

— Pasmaos, admírense ustedes, asómbrense; no hemos inquirido nada.

— ¡Nada! exclamaron los amigos estupefactos.

— Nada, repitió Miguel; absolutamente nada.

Y como ocurre siempre en las grandes sorpresas, en los acontecimientos más inesperados, todos se quedaron con la boca abierta.

CAPÍTULO VI.

La sombra del Duque.

¿No os ha caído alguna vez el premio grande de la lotería? ¿Alguno de vosotros no ha recibido inesperadamente de América ó de la India la triste noticia de la muerte repentina de un tío millonario, del cual sois el único heredero? Supongamos que vuestros negocios van pésimamente, que se acerca el día de una liquidacion desastrosa, ¿no experimentaréis la más viva sorpresa si en vez de la voz inflexible de vuestros acreedores llama á la puerta de vuestra casa el sangriento estrépito de un motin, cuyo triunfo ha de ser el trastorno completo del orden social?..... Sois de condicion apacible, de carácter pacífico, pero ¡ah! la ruina que os

amenaza os meterá un leon en el cuerpo y sentiréis el valor heroico del que no tiene nada que perder..... y si semejante patriotismo no os da ánimo para empuñar un fusil y correr á la barricada más próxima gritando viva la libertad, haréis en el último rincon de vuestra casa votos ardientes por el triunfo del desastre, porque el desastre os salva por algun tiempo de la ominosa tiranía de vuestros acreedores. En fin, ¿no os ha hecho felices alguna vez la triste nueva de una desgracia? Pues bien, una satisfaccion semejante fué la que experimentó Redondo cuando al llegar á la quinta de Ponce supo que Lanuza habia herido al Duque, y se aumentó su alegría al saber pocos minutos despues que el hermano de la Marquesa habia dejado de existir.

No eran precisamente los noventa mil duros prestados á Lanuza con la espontaneidad que vimos en el capítulo ix del libro iv los que abrian el espíritu del banquero á la solitaria delicia de aquella muda complacencia. La idea de que Agudo se hubiera burlado de su torpeza, porque ya no le cabia duda

de que habia caido en un lazo hábilmente dispuesto por su astuto enemigo, lo desesperaba, y en la imposibilidad de evitar el lance que no habia previsto, deseó que Miguel saliera victorioso; y pensándolo más despacio, una vez puesto su ánimo en el camino interminable de los deseos, entrevió como el resultado más feliz la muerte del Duque, porque entónces la mano de la criolla pasaria sin obstáculo alguno á la mano de Miguel, uniéndose ambos en dichoso matrimonio, y el mortal afortunado dueño de tan pingüe criatura se apresuraria á recoger el *pagaré* de los cien mil duros, y claro está, el implacable Agudo bramaria de coraje viéndose envuelto en sus propias redes.

Haciendo justicia á los sentimientos filantrópicos de Redondo, debemos repetir que su primer deseo fué evitar el duelo. Por eso acudió á la quinta de Ponce acompañado de Matusalem y seguido por dos agentes de la autoridad, que llevaron órdenes, que fueron inútiles, pero que eran terminantes. Mas dada la fatalidad del lance, deseó la muerte del Duque, como Agudo desearia la muerte

de Lanuza. Era una apuesta que se jugaban sobre la vida del uno ó del otro, y el éxito habia sido completamente satisfactorio para Redondo. La astucia estaba de parte de Agudo, mas Redondo tuvo de su parte á la fortuna. El Duque no era eterno, alguna vez habia de morir, y en cambio, el victorioso banquero iba á reirse cruelmente de su enemigo, que estaria furioso al ver deshecha su intriga.

Desde la quinta de Ponce corrió á la casa de Agudo y entró en ella con los lentes en los ojos y la sonrisa en los labios. Agudo lo recibió serio, grave y ceremonioso.

—Amigo mio, dijo Redondo con su voz de metal; se ha perdido V. cincuenta mil duros de una mano á otra. El Duque ha recibido una horrible estocada y acaba de espirar. Lanuza no tiene ya quien le dispute la mano de la criolla; se casará con ella, y ya ve V., pagará á toca-teja.

—Es muy justo, exclamó Agudo sentenciosamente, que el Sr. Lanuza pague lo que debe.

—Perdone V., se apresuró á decir Re-

dondo, sin dejar de sonreirse; ignoraba que la noticia de esta catástrofe pudiera causarle tan mal efecto; en otro caso, ya comprende usted que lo habria ido preparando ántes de dársela; es una indiscrecion mia, que V. excusará con su natural benevolencia.

Dichas estas palabras, se cantoneó, si no con la gracia, por lo ménos con las pretensiones de habilidad con que se cantonea en la plaza de toros el atrevido *chulo* despues de haber colgado en el macizo cuello de la fiera un buen par de banderillas.

Agudo se sonrió á su vez, y le dijo:

—Le agradezco el interes que le inspira el justo sentimiento que me causa la muerte del Duque; mas no se aflija, porque la indiscrecion de que V. se acusa ha sido enteramente ociosa; ha llegado V. tarde, pues ya lo sabía.

—De todas maneras, replicó Redondo, convendrémos en que ha sido una cosa inesperada.

—No, contestó Agudo; yo tuve siempre por cosa segura que esos dos hombres chocarian violentamente, y siempre me incliné

á creer que el Duque llevaria la peor parte. ¡Pobre Duque!..... continuó diciendo; era un botarate, un insigne botarate..... pero no es por eso para mí ménos sensible su muerte. Yo no le tenía grande estimacion, y sin embargo le profesaba un singular afecto. Conocí á su padre, le debí algunos beneficios, y ¡qué demonio!..... no puede ser uno indiferente á ciertos favores.

—Ahora comprendo, añadió Redondo, toda la extension de la pena que experimentará V. en este momento, porque considero lo dolorosa que ha de ser la muerte de un hijo para aquel que deba favores á su padre, y más si esos favores no han podido pagarse.

—Así es la verdad, contestó Agudo; hay favores que no se pueden pagar, porque no todos los beneficios se reciben en dinero.

Encogióse de hombros el Sr. Redondo, diciendo:

—El caso es que Lanuza ha puesto una pica en Flándes desembarazándose del único obstáculo que podia cerrarle el camino de un soberbio matrimonio.

—¡Quién sabe!..... exclamó Agudo muy seriamente.

La sonrisa de Redondo se convirtió en carcajada, y formaban verdadero contraste la gravedad del uno y la mal disimulada satisfaccion del otro. Este último dijo:

—Cualquiera sabe que muerto el perro se acaba la rabia; por consiguiente, muerto el Duque, la criolla es de Lanuza. Esto no tiene vuelta de hoja.

—¡Quién sabe!..... volvió á repetir Agudo más gravemente. Antes del lance nadie ha visto en ese desgraciado asunto más que las consecuencias inevitables de una disputa casual, de un acaloramiento involuntario, de un escándalo natural, naturalísimo. Mas ahora que hay un cadáver, el horror público no se contentará con tan frívolo motivo y buscará una causa más seria á lo serio del caso. Por poco que discurra, no le será muy difícil caer en la cuenta de que esos dos hombres se han disputado espada en mano los trescientos mil duros de renta que forman la pingüe herencia de la criolla.

—Y bien, replicó Redondo, aunque la

suspiciacia pública llegue á una suposicion tan gratuita, no será la primera vez que dos hombres se matan por una mujer; y no veo razon que despoje á los futuros contrayentes de la aptitud legal de que se hallan revestidos para casarse como cualquiera hijo de vecino.

—Ciertamente, contestó Agudo; sería imposible ponerles impedimento; pueden casarse cuando quieran, y hé aquí la dificultad que yo encuentro: consiste en que ninguno de los dos ha de querer casarse.

—¿Por qué?..... preguntó Redondo admirado.

—Por miedo, contestó Agudo.

—¿Miedo á quién?

—Miedo á la sombra del Duque, á su cadáver ensangrentado, que se levantará entre los dos siempre que intenten acercarse; y créame V., Sr. Redondo; los muertos son muy tenaces, son incorregibles, son insoportables.

—Bah..... bah..... exclamó el banquero. Paparruchas. A los muertos se les entierra y asunto concluido.

—Sí; pero el Duque, á quien olvidará el mundo en cuanto la Iglesia eche sobre sus restos mortales el último responso, resucitará en la memoria de todo el mundo, y su nombre, si es permitido decirlo así, ensangrentado, aparecerá en todas las bocas siempre que esos desgraciados intenten dar el espectáculo escandaloso de su matrimonio.

—¿Qué está V. diciendo! ¿Por dónde ha de ser escandaloso un matrimonio contraído con la formalidad de todos los requisitos? En cuanto á la memoria del Duque, ¿qué les importa á ellos que el mundo la recuerde ó la olvide?

—Es V. un pobre hombre, replicó Agudo, por más que sea V. un rico banquero. El mundo, que habría despreciado á Lanuza si hubiera excusado el lance, lo mirará hoy con el horror que inspira toda mano manchada de sangre; y si mañana lo viera casarse con la criolla, estallarían sobre su cabeza todos los rayos de la indignacion pública; se diría que alevosamente había provocado el lance para deshacerse del Duque y coger los millones de la Vírgen América. Se diría que

abusando de la buena fe de los testigos, había aceptado las condiciones de un duelo á primera sangre para ocultar más traidoramente el deliberado propósito de matar á su contrario. Se diría, en fin, que semejante á un bandolero, había robado una fortuna en la encrucijada de un lance de honor. En cuanto á ella, las gentes, indignadas, unas por indignacion verdadera, otras por pura maledicencia, y no pocas por mera envidia, la acusarian de perversidad notoria viéndola dar su mano á un aventurero, á un advenedizo, que había clavado la espada homicida en el corazón del hombre á quien moralmente estaba unida desde la infancia, al íntimo amigo de su familia. Se diría más; se diría que ella misma con sus odiosas coqueterías había provocado la sangrienta catástrofe. Se les consideraria, en fin, á ambos como unos de tantos criminales, á los que la ley no alcanza nunca, pero que la sociedad descubre algunas veces.

—Eso es horrible, exclamó Redondo, eso es infernal.

—Sin duda alguna, amigo mio, añadió

Agudo; infernal, horrible, pero es cierto, y Lanuza y la criolla comprenderán su situacion y se alejarán uno de otro, atemorizados ante el horror público, aterrados ante el cadáver del Duque, que se levantará entre ellos acusándolos de alevosa complicidad.

Al llegar aquí el diálogo se había cambiado el aspecto de estos dos extraños personajes: la sonrisa de Redondo se había convertido en seriedad, en asombro, casi en espanto, y la lúgubre gravedad de Agudo empezaba á desaparecer bajo la sombra de una sonrisa entre compasiva y burlona.

Como el que se agarra á un clavo ardiendo, se agarró Redondo á la primera idea que pasó por su cabeza.

—No, dijo; eso es exagerado. Además, la maledicencia es inconstante; el tiempo todo lo cura y el oro todo lo tapa. Comprendo que tributen al cadáver del Duque tres meses de cortesía; más aún, seis meses..... llevo hasta un año; mas pasado este tiempo, nadie se acordará del muerto, y la esplendidez de la boda deslumbrará todos los ojos, y se disiparán las sombras de la calumnia

como se disipa la noche cuando el sol sale. ¡Qué demonio!..... los muertos á la sepultura y los vivos á la vida. Siempre ha sucedido lo mismo.

—Muy bien, contestó Agudo. Yo comprendo que á pesar de la repugnancia que inspiren, el *tolle tolle* circulará *sotto voce*, mientras en voz baja se les adule. Convento en que la murmuración los despedace en conversaciones privadas, mientras la lisonja les sonría. El mundo es el primer cortesano, y sabe muy bien besar dulcemente después de haber mordido con diente envenenado. Pero..... ¿y ellos?..... ¿arrostrarán esa situación equívoca? Preciso es suponer que han perdido toda conciencia para creerlos capaces de semejante audacia. Han de sentir los remordimientos de su locura ó de su maldad. Tal vez han ido las cosas más allá de donde ellos querían, y ahora se encuentran con que un muerto es mayor obstáculo que un vivo. No tenga V. duda, señor de Redondo; el Duque vive para ellos con una vida implacable; tan implacable que no pueden volver á matarlo. No sé si se aman, y me inclino á

creer que no pueden amarse; mas sea como quiera, hay entre ellos un lago de sangre, una sepultura siempre abierta á sus ojos, un cadáver que los separa á lo ménos por mucho tiempo. Crea V. que es un mal negocio.

—¿Y un matrimonio secreto? preguntó Redondo.

—No lo intentarán, porque eso acabaría de comprometerlos. Además, no hay matrimonios secretos, y si los hay, se descubren bien pronto. Bah, en el caso en que se hallan, ese recurso no tiene piés ni cabeza.

—Pueden huir, añadió Redondo.

Miró Agudo atentamente á su interlocutor, y le dijo:

—Tanto interés le inspira á V. la felicidad de esos muchachos, que sería una crueldad negarle á V..... que en efecto pueden huir, aunque la fuga fuese el más seguro testimonio de la alevosa complicidad con que ambos han procedido en este asunto. En él ha debido andar otra mano más traidora todavía, que yo no distingo. Señor Redondo, añadió con marcada sonrisa, la muerte del Duque es acaso el fatal resultado de un do-

ble resentimiento, que álguien ha dirigido por fines particulares. Y ¿quién sabe?..... Tal vez los noventa mil duros que V. con su conocida generosidad ha prestado inocentemente á Lanuza, hayan contribuido á este sangriento desenlace. En lo sucesivo no sea usted tan..... tan bondadoso..... porque el mundo está de una manera, que es preciso pensar mucho los favores que se hacen.

Salió Redondo de casa de Agudo furioso, con las mejillas más encendidas que de ordinario, y soplando como si llevara dentro un incendio. Ya se ve, habia ido á casa de su enemigo ansioso de reirse en sus barbas, y salia de ella como perro con maza.

—Es un bribon, decia subiendo en el coche. Un bribon de siete suelas..... Nada de eso que ha dicho tiene sentido comun; pero es un malvado, que extenderá esas voces, hará que se propaguen y conseguirá al fin que se levante entre Lanuza y la criolla el rumor de sus infames calumnias.

El opulento banquero se sentia herido á la vez en su vanidad de hombre astuto y en su bolsillo de millonario. Agudo se reia de

él con cínico descaro, y esta burla, que le llegaba al alma, podia muy bien llegar á costarle noventa mil duros, porque si fracasaba el matrimonio de Lanuza con la criolla no sería ya tan fácil recoger los dos millones prestados. Es verdad que habia delante un año de plazo, durante el que Miguel pudiera adquirir una fortuna.

Esta esperanza no tranquilizaba á Redondo, porque sabía que es más fácil perder una fortuna que adquirirla, y no ignoraba que Miguel estaba casi arruinado por la última jugada de bolsa, en la que habia comprometido un capital superior á sus fuerzas.

Dos ideas le acometieron al mismo tiempo: una agresiva y otra defensiva; sintió á la vez el deseo de acometer y de parar el golpe. Meditó la venganza más atroz que imaginarse puede, y sellóla con una promesa solemne.

—Juro, exclamó, no parar hasta que lo vea pedir limosna.

Este golpe terrible iba dirigido contra Agudo, porque Redondo no comprendia mayor desgracia que la de ser pobre; ases-

taba el rayo de su cólera contra el corazón, esto es, contra el bolsillo. ¿Acaso tiene otro el hombre moderno?

Después echó sus cuentas, y dijo:

—Lanuzza goza en estos momentos del crédito que le han proporcionado mis noventa mil duros, y mientras el bribón de Agudo no esparza sus infames calumnias, gozará del crédito que le da en la plaza la probabilidad de su matrimonio con la criolla; por consiguiente, debo aprovechar los instantes y negociar el pagaré de Lanuzza. Quiere decir, que sacrificaré los intereses por la conservación del capital. Descontaremos el diez por ciento y no faltará quien lo tome. Esto hay que hacerlo inmediatamente y por segunda mano antes que Agudo rompa el fuego de su maledicencia.

Así decía, agitando sobre los almohadones del coche, como si de este modo quisiera avivar el trote de los caballos.

De pronto dejó caer la palma de su ancha mano sobre el inmenso muslo, y exclamó:

—¡Demonio!..... Es preciso atar bien todos los cabos, no vayamos á incurrir en otra

tontería. Arrojar á la plaza un pagaré de Lanuzza es poner su crédito en tela de juicio; es despertar una desconfianza peligrosa; es añadir un inconveniente más á su matrimonio, que, diga lo que quiera ése imbécil, es un matrimonio probable, probabilísimo. Todo es lícito para casarse con una mujer que posee trescientos mil duros de renta, y haría yo muy mal en descubrir el estado de sus negocios. Bah, no le demos pólvora al enemigo.

—Esta reflexión, bastante atinada, fué suficiente para que desistiera de negociar el pagaré de Lanuzza.

Por lo que hace á éste, pasó quince días encerrado en su casa maldiciendo á la criolla, que lo había puesto en la necesidad de matar al Duque, á quien ¡oh miserable corazón humano! volvería la vida si estuviera en su mano dársela, después de habérsela quitado.

Pero ya se ve, quince días se pasan pronto, y después de algunas reflexiones propias y de muchas ajenas, se fué reconciliando consigo mismo. Supo que Matusalem había acudido al lugar del combate con ánimo decidido de evitarlo, y depuso la ira que contra

él abrigaba; y por último, absolvió á la criolla, declarándola inocente de toda complicidad en el asunto; pero no se atrevia á ponerse en su presencia y huía de los sitios públicos donde pudiera encontrarse con ella.

Un día le dijo Matusalem :

—Has hecho una solemne barbaridad matando al Duque, y ahora estás haciendo una insigne tontería huyendo de Mercedes. Han transcurrido ya tres meses, y creo que estas deudas de dolor vencen á los noventa días, y no encuentro razón para que te escondas de ese modo. Cualquiera diría—y no faltará quien lo diga—que después de haber matado al Duque le tienes miedo á la criolla.

A pesar de todo lo que hemos visto, Matusalem conservaba todavía un resto de esperanza.

—No hablemos de eso, le contestó Miguel; ya que he cometido una barbaridad, no me incites á que incurra en otra; y desengañate, por mucho tiempo entre esa mujer y yo estará el cadáver del Duque, que no nos dejará acercarnos.

—De manera, replicó Matusalem, que

el Duque, semejante al Cid, vence después de muerto. ¿Vaya que se ha dejado matar para quitarte de las manos los trescientos mil duros de renta de la criolla? Hé ahí lo que debiste pensar á tiempo. Has cometido un homicidio inútil. En vez de sacar la mano llena de oro, la has sacado llena de sangre.

—Y bien, preguntó Miguel cruzando los brazos: ¿qué interés tienes tú, viejo maldito, en que yo me acerque de nuevo á la criolla? ¿Quieres que acabe de destrozar el corazón de la Marquesa haciendo alarde de mi sangriento triunfo?

Con mucha calma le contestó Matusalem, diciendo :

—No tengo en ello interés ninguno; compadezco á la Marquesa más que nadie, y no insisto; haz de tu capa un sayo.... porque, en verdad.... ¿Con qué derecho me meto yo á pensar en tus asuntos? ¿Quién me manda á mí echarme á cuestras los cuidados de tu situación? Tienes firmado un *pagaré* por valor de cien mil duros; ¿á mí qué me importa?.... Vencerá el plazo mucho ántes de lo que desees; ¿á mí qué me importa?....